

Rusia en un mundo multipolar: El papel de las identidades y los “mapas cognitivos”

Russia in a multipolar world: Role identities and “cognitive maps”

Andrey Makarychey

Investigador visitante, Instituto de Estudios de Europa del Este, Universidad Libre de Berlín
asmakarychey@gmail.com

RESUMEN

En este artículo el autor sostiene que, si bien la clase política y líderes de opinión rusos han tomado prestado el concepto de multipolaridad del vocabulario (neo)realista, muy frecuentemente en las narrativas sobre la identidad y subjetividad de Rusia lo utilizan en un sentido mucho más amplio; por consiguiente, lo asocian con significados muy diferentes y no realistas, entre los que se incluyen cuestiones referentes a la identidad y los actores no estatales. Bajo la formulación pretendidamente realista de la discursiva rusa se ocultan una serie de imaginarios políticos mucho más complicados y heterogéneos, aunque no siempre consistentes. En este contexto, el discurso ruso sobre la multipolaridad se asemeja a un mosaico de “mapas cognitivos” dispersos y débilmente coordinados, cada uno de ellos basado y sostenido por una cierta visión del mundo y la diversidad de sus actores. Dado que la multipolaridad se origina en la esfera de las ideas, resulta lógico asumir que en un determinado momento puede existir más de una pauta para los acuerdos multilaterales, cada una de las cuales ofrece una respuesta diferente a la pregunta sobre qué son los estados-nación, los polos, las regiones, las civilizaciones o los constructos integradores como la UE o la CEI.

Palabras clave: Rusia, política exterior, seguridad, multipolaridad

ABSTRACT

In this paper the author argues that Russian policy- and opinion-makers, having borrowed the concept of multipolarity from the (neo)realist vocabulary, very often they use it in a much broader sense of narratives on Russian identity and subjectivity and, therefore, attach to it quite different non-realistic meanings, which include issues of identity and non-state actorship. What hides beneath the pretended realistic wording of Russian discourse is a much more complicated and variegated –though not always consistent– set of policy imaginaries. Against this background, the Russian discourse on multipolarity reminds a patchwork of scattered and loosely tied “cognitive maps”, based upon –and sustained by– certain visions of the world in the diversity of its actors. Since multipolarity originates in the sphere of ideas, it would be quite logical to assume that at certain time there might be more than one pattern of multipolar arrangements. Each of them gives a different answer to the question of what poles, nation states, regions, civilizations, or integrative constructs like EU and CIS are.

Keywords: Russia, foreign policy, security, multipolarity

El marcado énfasis en aspectos como el interés nacional, la seguridad dura o militar, la apuesta por las esferas de influencia o el papel del Estado como actor central, explican la gran tentación existente por incardinlar la política exterior de la Rusia postsoviética entre las tradiciones de la *realpolitik* (MacFarlain, 1999). La constante apelación de Rusia a la multipolaridad, uno de los ejes conceptuales del pensamiento realista, parece confirmar la validez de este enfoque. En la concepción realista, la multipolaridad se entiende como una constelación de centros de poder autosuficientes que poseen amplios recursos materiales y que, o bien se equilibran, o bien se enfrentan entre ellos. En esta interpretación, el poder es sobre todo físico y material (arsenal nuclear y recursos energéticos en el caso de Rusia) y no necesita de gran respaldo social. Sin embargo, un escrutinio más profundo permite cuestionar este argumento. En este artículo se sostiene que Rusia, habiendo tomado prestados algunos conceptos clave del vocabulario (neo)realista, asocia estas ideas con significados muy diferentes y no-realistas. La concepción rusa de la multipolaridad –la cuestión clave de la política exterior rusa desde mediados de los años noventa– arroja luz sobre la desviación conceptual de la visión del mundo de la *realpolitik*.

En primer lugar, los realistas clásicos asumían la multipolaridad de forma pesimista, como la antesala de conflictos e inestabilidad. Por el contrario, en el vocabulario político ruso, la multipolaridad constituye una visión optimista del mundo, basada en una distribución “justa” del poder entre una variedad de polos gravitatorios. En términos de *realpolitik*, la multipolaridad es básicamente una cuestión de equilibrio de poder, mientras que en la variada discursiva rusa se trata, en mayor medida, de la gestión de la inevitable diversidad global. Es por ello que los esfuerzos de Moscú por un mundo multipolar discurren en paralelo a su rechazo verbal a la política de equilibrio de poder, lo que atestigua la impaciencia de Rusia por romper, retóricamente, con el legado de la Guerra Fría. En segundo lugar, si Rusia se hubiera adherido sin fisuras a la conceptualización realista del orden internacional, no hubiese demonizado a la OTAN; por el contrario, el Kremlin se habría unido al coro de aquellos realistas que predecían la disolución de la Alianza del Atlántico Norte en ausencia de su gran enemigo, la Unión Soviética. Eran los realistas quienes “esperaban el derrumbe del orden occidental ante el declive del poder norteamericano” (Deudney & Ikenberry, 1999) –un punto de vista que una política exterior rusa realista debería adoptar en lugar de lamentarse por la supuesta preponderancia estadounidense. En tercer lugar, Rusia combate sistemáticamente una de las cuestiones clave en el pensamiento realista: la idea de anarquía, que el Kremlin busca superar y sustituir por un tipo de relaciones más institucionalizadas e inclusivas, tal y como queda de manifiesto con la propuesta de Dimitri Medvédev sobre la nueva arquitectura de seguridad en Europa.

Sin embargo, aun constituyendo una piedra angular de la política exterior rusa, la multipolaridad es, paradójicamente, una de las cuestiones menos tratadas en la discursiva diplomática rusa. El análisis de la cambiante naturaleza del poder en la sociedad internacional de la posguerra fría podría constituir el punto de partida para este debate tan necesario. El mismo concepto de “polo”, más allá de la posesión de recursos materiales, está siendo

ampliado con un fuerte contenido social, aspecto bien abordado por teorías no-realistas, incluyendo el constructivismo social. Es la multiplicidad de recursos de una sociedad lo que define el concepto de poder. En el caso de Rusia, existen tres factores de suma relevancia: en primer lugar, ser un polo es más una cuestión de reconocimiento subjetivo mutuo que una autoproclamación unilateral; en segundo lugar, para ser reconocido como un polo, un país debe poseer elementos de poder blando que se manifiesten en la capacidad de atracción de dos variables, es decir, su modelo de desarrollo, así como sus ideas y poder normativo; y, en tercer lugar, para alcanzar el estatus de polo, un país debe invertir recursos en su política de vecindad, al objeto de formar un entorno confortable, que permita convencer a otros de la capacidad del país para cooperar con sus vecinos inmediatos.

Tal y como se muestra a continuación, bajo la aparente retórica realista de la política exterior rusa se esconde una heterogénea y compleja, aunque no siempre consistente, variedad de enfoques políticos. Ello se asemeja a un mosaico de “mapas cognitivos” (Kildiushov, 2006) dispersos y débilmente coordinados, cada uno de ellos basado y sostenido por una cierta visión del mundo y su diversidad. En este artículo se destacan ocho mapas. Por descontado, algunos de estos modelos ideales son bastante compatibles entre ellos, mientras que otros, ciertamente, entran en conflicto. La identificación de estos modelos ideales y las estrategias que conllevan no implican, necesariamente, la existencia de grupos políticos concretos detrás de cada uno de ellos. Esta tipología de modelos y estrategias se sostiene en las diferentes identidades de Rusia en el mundo multipolar; sin embargo, ninguno “pertenece” a un movimiento político específico. Tampoco tiene “portadores” naturales; un mismo grupo político puede adherirse, simultáneamente, a dos o más estrategias y demostrar, así, la alta mutabilidad del papel de las identidades de Rusia.

1. EQUILIBRIO DE PODER: ¿UNA ESTRATEGIA ANTICUADA?

La primera, y más conservadora, perspectiva sobre la multipolaridad está enraizada en la teoría del equilibrio de poder. Tal y como argumenta un académico ruso, un sistema multipolar sólo puede ser estable si se mantiene algún tipo de equilibrio entre las grandes potencias (Batiuk, 2010) –una afirmación que a muchos de sus colegas europeos les recordará a la diplomacia europea del siglo XIX, lo cual sólo confirma la hipótesis de que la promoción, por parte del Kremlin, de un “mundo multipolar es una alternativa directa e inequívoca frente a la globalización” (Fiodorov, 1999). Consecuentemente, el reverso de este enfoque es la lógica de las decisiones soberanas unilaterales que Rusia favorece e, incluso, a veces

espera también de otros países. Las múltiples sugerencias por parte del presidente Medvédev (2008) acerca de que los gobiernos occidentales necesitan guiarse pragmáticamente por sus propios “intereses genuinos”, encaja perfectamente con este enfoque de la política exterior. Esta aparente aseveración antiinstitucional y antinORMATIVA es una declaración clara sobre la desconfianza de Rusia ante aquellas formas de cooperación internacional que suponen un debilitamiento de la soberanía, entendida por Moscú más como el derecho al control territorial que a la responsabilidad con la población.

Sin embargo, el Kremlin pasa por alto que la idea de equilibrio de poder presupone un cierto grado de conflictividad entre diferentes polos que pueden ser tanto hostiles entre ellos como más poderosos que la propia Rusia. En otras palabras, el equilibrio de poder incluye división y conflictos entre diversos polos, y “no hay absolutamente ninguna garantía de que en un mundo con desequilibrios de poder Rusia pudiera mantener con éxito una política de equidistancia equilibrada” (Tsymburskiy, 1999). Esta afirmación engarza con la anticipación de una nueva fase de remilitarización de la política mundial (Center for Socio-Conservative Policy, 2008). En este contexto, Dmitri Trenin (2001) considera este tipo de multipolaridad basada en el equilibrio de poder como “una continuación de la inercia de la Guerra Fría, que fortalece los argumentos de aquellos que querrían ver a Rusia retornar a la deriva soviética”. En su opinión, la implementación de este modelo conllevaría la sumisión de Rusia a China como un socio “junior”. Es indicativo de ello el hecho de que China nunca haya figurado entre las potencias que Rusia considera en su modelo de equilibrio de poder, lo que revela un perfil del concepto predominantemente antioccidental. Esto es paradójico ya que, por un lado, la estrategia del equilibrio presupone sin duda la asociación de Rusia con identidades antioccidentales forjadas en los discursos postcoloniales de actores semiperiféricos; pero, por el otro, al abordar las cuestiones de seguridad más urgentes, Rusia tiende a apelar y prefiere tratar con los líderes de Occidente. Resulta complicado casar ambas posiciones, en tanto que una Rusia que simpatiza con un discurso antioccidental será, probablemente, percibida por Estados Unidos y la Unión Europea más como un actor externo y ajeno que como parte de la región euroatlántica.

2. (DES)CONCIERTO DE GRANDES POTENCIAS: ¿UN PRAGMATISMO REJUVENECIDO?

El “concierto de grandes potencias” (Center for Socio-Conservative Policy, 2009) tiene diferentes significados en el discurso ruso. Uno de ellos se refiere al contexto geopolítico y afirma que Rusia debe vincularse con los actores internacionales más poderosos, incluyendo

los Estados Unidos, Alemania o Japón. En su versión más radical –aducida, en particular, por Alexander Dugin–, el Gobierno ruso es impelido a restituir Kaliningrado y las islas Kuriles a cambio de unas relaciones privilegiadas con Alemania y Japón. Otro enfoque, mucho más extendido, entiende el concierto de grandes potencias como una negociación pragmática y despolitizada entre los polos mundiales. El Consejo OTAN-Rusia, así como clubes internacionales como el G7/G8 pueden ser un buen ejemplo de este modelo. Ciertamente, las relaciones OTAN-Rusia, que alcanzaron su clímax de securitización durante la guerra entre Rusia y Georgia de agosto de 2008, han evolucionado gradualmente hacia un tipo de negociación más cotidiana y ordinaria con concesiones por ambos lados. Durante la administración de Barack Obama, Estados Unidos ha cancelado el despliegue del sistema antimisiles en Polonia y la República Checa y ha reducido su presencia en países a los que Rusia incluye en su área de influencia. La OTAN ha congelado el proceso de incorporación de Georgia y Ucrania en su seno, mientras que Rusia ha aumentado su participación en la operación en Afganistán y ha prometido cooperar en la lucha contra la piratería en Somalia. En este mismo contexto de directorio de grandes potencias, la asociación entre la UE y Rusia podría ser considerada igualmente relevante para el modelo de resolución de conflictos. En esta línea, el *think tank* pro-Medvédev Instituto para el Desarrollo Contemporáneo (INSOR) argumenta que el fortalecimiento de la UE está bastante en consonancia con los intereses rusos, y propone reforzar la asociación estratégica con la UE (Yurgens, 2008).

Sin embargo, el éxito de un concierto de grandes potencias no radica únicamente en algún tipo de cooperación técnica entre Rusia y la OTAN o la UE. Existen dos condicionantes políticos de mucha mayor relevancia: si la UE y la OTAN considerarán a Rusia como una gran potencia, por un lado, y si Moscú aceptará finalmente a la OTAN y, en menor medida, a la UE como actores de seguridad legítimos en el “extranjero cercano”, por el otro.

3. MULTILATERALISMO: ¿UNA AGENDA EN GESTACIÓN?

El multilateralismo es una importante estrategia en la política exterior de Rusia, dado que compensa las múltiples deficiencias de los mecanismos legales internacionales con la lógica de la acción colectiva, que incluye tanto la práctica de formación de coaliciones como los diferentes marcos institucionales. El multilateralismo contribuye a hacer la política exterior rusa más formal e institucionalizada. Tradicionalmente, ha sido en Occidente donde más se ha consolidado el multilateralismo, mientras que en Rusia es uno de sus aspectos más débiles, tal y como se infiere de la escasa influencia de Moscú en el G8, los limitados

resultados del acuerdo de cooperación con la UE en los llamados cuatro espacios comunes (seguridad y justicia, economía, seguridad exterior, así como investigación y educación), y los desencuentros con la OTAN como, por ejemplo, en el conflicto libio. Incluso dentro de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) las políticas rusas carecen de un marco multilateral fuerte, tal y como pone en evidencia la tendencia de Moscú al unilateralismo en sus conflictos con Estonia (en torno al monumento de la Segunda Guerra Mundial en Tallinn), Ucrania (sobre el precio del gas) y Georgia (respecto a Abjasia y Osetia del Sur).

Aun así, son los contextos regionales los que determinan la implementación de políticas multilaterales. Rusia tiene serios problemas de participación en las instituciones multilaterales occidentales; sin embargo, en Asia-Pacífico, su estrategia de seguridad sí que persigue la acción colectiva. Mientras que, en Europa, Rusia percibe a los Estados Unidos y a sus aliados en conflicto con sus propios intereses, en Asia, Estados Unidos es considerado como un garante del *statu quo*, y como un potencial aliado en el mantenimiento de la estabilidad de la zona ante el auge de China. Esto demuestra que, en muchos casos, Rusia pone en valor el multilateralismo y rechaza la lógica de las acciones unilaterales en tanto que ineficaces y fútiles. El Kremlin construye gradualmente su propia agenda multilateral, hecho que resulta importante para su participación en la Organización de Cooperación de Shangai (OCS), el grupo de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) y la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), donde Rusia aspira a ser el actor que marque la agenda (Aris, 2010).

La propuesta de Medvédev de una nueva arquitectura de seguridad en Europa está también conceptualmente enraizada con la idea del multilateralismo, aunque la forma en la que ha sido promovida desvela la predisposición del Kremlin a negociar, fundamentalmente, con otras grandes potencias. Las respuestas occidentales a Medvédev contienen muchas más referencias explícitas a la necesidad de una agenda multilateral que es, desde un punto de vista estratégico, particularmente atractiva para la UE. El informe “Helsinki Plus” del grupo de estudio de la UE y Rusia es una buena muestra de las diferencias en la concepción de la cooperación UE-Rusia como modelo de gestión de una gran potencia, por un lado, y como una relación de tipo multilateral, por el otro (Helsinki Plus, 2010).

El intercambio de impresiones entre la UE y Rusia en cuestiones de seguridad pone de manifiesto las profundas diferencias políticas que las separan en su búsqueda de una agenda multilateral. En primer lugar, lo que subyace en los debates procedimentales entre Moscú y Bruselas es un desacuerdo en torno al significado de la seguridad misma. Resulta evidente que existe un conjunto de ideas que pueden ser consideradas como una forma “europea” de entender la seguridad, que incluye además del multilateralismo, otros dos aspectos que contienen mensajes confusos para Rusia. El primero se centra en la interrelación profunda entre la seguridad europea y la global, lo cual es una manera diferente de incitar a Rusia –si desea seguir el diálogo sobre seguridad con la UE– a clarificar su agenda de seguridad global y, consecuentemente, a fortalecer sus compromisos globales. El segundo subraya la

importancia de la seguridad humana, un mensaje que emplaza a Rusia a ir más allá de los planteamientos basados en el equilibrio de poder y la contención. En otras palabras, la agenda de seguridad humana de Bruselas supone una apuesta por el multilateralismo y no por un concierto de grandes potencias. La búsqueda de una agenda multilateral UE-Rusia se complica aún más por el debate sobre la viabilidad de considerar una serie de valores a la hora de abordar la seguridad. A diferencia de Europa, Rusia carece de una tradición de pensamiento de seguridad como concepto normativo. Esto explica el interés de la UE por compartir su experiencia y visión con Moscú. Bruselas enfatiza, especialmente, que no hay ninguna necesidad práctica de separar las dimensiones “dura” y “blanda” de la seguridad, y que la promoción del concepto de seguridad humana puede reconciliar y salvar las diferencias entre ambas.

En cualquier caso, el multilateralismo puede ser parte de la relación de Rusia con la UE en diversos aspectos. El *think tank* INSOR, cercano al presidente Medvédev, sostiene que Moscú debe asumir la perspectiva de unas relaciones UE-CEI y China-CEI multilaterales (Kulik et. al., 2010) y, por lo tanto, abandonar su ambición de monopolizar el espacio postsoviético. Al desarrollar su estrategia multilateral, Moscú, ciertamente, debe dar respuesta a otras propuestas de expertos europeos como, por ejemplo, la idea de un “diálogo europeo a tres bandas sobre seguridad” que incluya a la UE, Turquía y Rusia (Krastev y Leonard, 2010).

4. ¿DIÁLOGO DE CIVILIZACIONES?

Algunos académicos rusos defienden que la multipolaridad únicamente puede tener éxito si es reflejo de un espacio civilizatorio (Martynov, 2009). Bajo esta premisa, las referencias a la civilización sirven como recurso a Rusia para defender su especificidad cultural en el mundo. En un análisis más profundo, la noción de civilización puede ser interpretada desde diferentes perspectivas, sirviendo cada una de ellas a objetivos diferentes. Las referencias a la civilización pueden ser usadas, incluso, para sustentar argumentos mutuamente irreconciliables. El marco civilizatorio se puede convertir en una herramienta discursiva que justifique actitudes escépticas hacia la integración postsoviética por parte de países no-eslavos, entre los que Georgia o Azerbaizhán son buenos ejemplos. En el mismo sentido, los análisis bajo el prisma de la civilización podrían conducir a la asunción de que Rusia es una parte alienable del conjunto de la civilización europea (Isaev, 2006).

Uno de los principales promotores de la dimensión civilizatoria en la política exterior rusa, Vladímir Yakunin (director de la corporación estatal de ferrocarriles rusos), alerta del peligro que conlleva una unificación cultural liderada por Estados Unidos y traza incluso un

paralelismo histórico con la Alemania nazi. Al hacer estas dudosas y provocativas comparaciones, Yakunin (2010) muestra claramente el ostensible sesgo antiamericano de su concepción del enfoque civilizatorio que, en su imaginario, es la única alternativa a la dominación violenta de “una sola superpotencia”. Al mismo tiempo, existen interpretaciones más prácticas del modelo multipolar basadas en el enfoque civilizatorio. Leonid Ivashov (2011), por ejemplo, considera que los BRICS se han convertido en la primera materialización política e institucional de la vieja y centenaria expectativa de la caracterización política de las civilizaciones. Los estados que conforman los BRICS representan, desde su perspectiva, el tipo de modelo en el que civilizaciones diferentes dialogan unas con otras. En este sentido, propone la reorganización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en base a civilizaciones, siempre y cuando Europa y los Estados Unidos formen dos unidades civilizatorias diferentes.

El partido dominante “Edinaya Rossiya” (Rusia Unida) sostiene una interpretación diferente del enfoque civilizatorio, al argumentar que Rusia sólo podrá persuadir a Bielarús y Ucrania de su integración en un bloque unitario sobre la base de una plataforma civilizatoria común. De acuerdo con esta lógica, estos dos vecinos eslavos de Rusia deberían ser incluidos dentro de una “gran civilización rusa” que, en este contexto, se asemeja a una versión cultural de la política de “esferas de influencia”, que contradice el concepto de integración postsoviética como proyecto que trasciende las fronteras étnicas o nacionales.

5. MULTIRREGIONALISMO

El discurso sobre la multipolaridad en Rusia incluye referencias explícitas a la idea de la “regionalización de la política global” (Lavrov, 2009). En este contexto, el concepto de regionalización se utiliza con un doble sentido. Por un lado, hace referencia a “la búsqueda de soluciones regionales para conflictos y crisis”, lo que significa la prevención de posibles intervenciones de actores externos, entre los cuales la OTAN, en general, y los Estados Unidos, en particular, resultan los más amenazantes para el Kremlin. Por otro lado, en opinión de Lavrov, la regionalización se puede utilizar como mecanismo de reaseguro para evitar la posible fragmentación de la sociedad internacional como resultado de una “des-globalización” o un cambio del momento global. El significado conceptual de multirregionalismo puede ser debatido a través del prisma de estos dos argumentos.

Paradójicamente, en ambos sentidos, es decir, como enfoque para la gestión de crisis regionales o como mecanismo de reaseguro frente a un mundo *Hobbesiano*, el concepto de regionalización permite cuestionar la pretendida exclusividad de Rusia en el extranjero cercano. En lugar de sustentar la idea de un “área de interés vital y esfera de influencia” del

Kremlin, que es uno de los vectores por los que Rusia reclama su condición de gran polo internacional, la perspectiva multirregional descompone el espacio postsoviético en diferentes regiones y diluye la influencia rusa. Estas regiones son, de hecho, una consecuencia de la expansión de la UE y de su política de vecindad. Por lo tanto, la pretensión de un espacio postsoviético unificado puede ser deconstruida a través del prisma de la multirregionalidad. Al mismo tiempo, permite identificar la distancia entre las percepciones de Rusia y la UE; ciertamente, los “esquemas mentales” de los márgenes de Europa son vistos de forma muy distinta desde Moscú que desde Bruselas. La UE invierte intencionadamente sus recursos y esfuerzos en la construcción regional, tanto para hacer más plural el espacio regional como para hacerlo más adaptable y sensible a una europeización. Este tipo de política ejerce una fuerte influencia incluso sobre la propia Rusia, la cual desea aprovechar algunas ventajas prácticas de los proyectos regionales impulsados por la UE, pero al mismo tiempo, en ocasiones, el Kremlin se distancia de aquellas iniciativas regionales que percibe como ajenas o, lo que es lo mismo, que son promovidas por otras grandes potencias. La Federación Rusa no ve demasiado beneficio en adaptarse a las iniciativas regionales impulsadas por la UE en el mar Báltico, el mar Negro o el Mediterráneo, por ejemplo. Todo ello plantea la importante cuestión de si las iniciativas de construcción regional como protección contra “fuerzas extrarregionales” pueden ser productivas y universalmente aplicables. Incluso en aquellos casos en los que prevalece este enfoque, como en el proyecto de regionalización del mar Caspio, existen múltiples actores no-estatales externos, como las grandes petroleras que juegan un papel determinante. En cualquier caso, en los debates sobre nuevas regiones en construcción, incluyendo aquellas en las que participa Rusia, no se debería obviar un punto de vista importante: la potencial contribución a la mejora de los problemas de seguridad global. En este sentido, por ejemplo, la participación de Irán en el proyecto de regionalización del Caspio, junto con Rusia y otros países ribereños, puede facilitar una mayor apertura internacional de Teherán.

La actitud de Rusia ante los procesos de regionalización cerca de sus fronteras es muy variada. La región nórdica resulta particularmente atractiva para Moscú. En la discursiva rusa existen múltiples connotaciones positivas asociadas con el Norte. En particular, Finlandia ha disfrutado siempre de una gran simpatía por parte de Rusia. Para varias regiones rusas, Finlandia es un modelo de referencia (Kaganskii, 2008); a los finlandeses se les considera “cercanos a los residentes del norte de Rusia por su mentalidad –son gente modesta, pacífica, sincera y tremadamente devota de su tierra” (Muliavin, 2008). Al mismo tiempo, Rusia asume la lógica de aquellos críticos que opinan que hay un cierto grado de exclusión en el proyecto de dimensión nórdica impulsado por Finlandia. Esta visión está basada en la concepción de la “dimensionalidad” como un producto colateral de las sucesivas fases de ampliación de la UE: “la emergencia de nuevas dimensiones es, en cierto sentido, una manifestación externa de los límites de la expansión” (Haukkala, 2002).

En la región del mar Báltico, Rusia normalmente ha preferido mantener un perfil bajo. Por supuesto, Moscú ha estado dispuesto a participar en aquellos proyectos de regionalización que contaban con una dimensión material, pero nunca ha tomado la iniciativa política. Con ello Rusia ha defraudado las expectativas de aquellos expertos europeos (en general nórdicos) que esperaban que el regionalismo en el Báltico, junto con iniciativas como la dimensión nórdica, pudieran finalmente incitar a Rusia a adoptar una posición más favorable ante los procesos de integración. Desde el principio, Moscú ha percibido el del mar Báltico como un proyecto impulsado por la UE. El escepticismo y las cautelas rusas son el resultado de la expansión de la UE que, lamentablemente, ha fortalecido la distancia entre ambos actores. Las tensiones por Kaliningrado a finales de los noventa agudizaron la posición crítica de Rusia. Por un lado, el Kremlin consideraba las políticas de la UE hacia este enclave ruso en el Báltico como perjudiciales para Rusia y, potencialmente, peligrosas para su propia integridad territorial; por el otro, no había evidencias de que ese problema supuestamente regional pudiera tener una solución regional. Finalmente, la controversia sobre Kaliningrado fue elevada al nivel Moscú-Bruselas y, por lo tanto, se ha convertido en parte de la agenda macropolítica.

La región del mar Negro es una combinación de mecanismos de seguridad colectiva incipientes con enfoques que buscan un equilibrio de poder. En este contexto, la comunicación, tanto bilateral como multilateral, parece resultar viable. En la región del mar Negro se aprecia la facilidad con la que conceptos globales/macro-estructurales como equilibrio de poder, seguridad colectiva, multipolaridad, etc., pueden ser transferidos al ámbito regional, y cuán desprotegidos se encuentran los actores que constituyen la región frente a esta transferencia. Así, por ejemplo, se cree que la administración Obama ha abandonado el enfoque de “equilibrio regional” en su intento de “reiniciar” sus relaciones bilaterales con Moscú. Todo ello es una buena evidencia de la dependencia directa de los procesos de regionalización respecto a fuerzas externas; lo que, al mismo tiempo, demuestra la incorporación de la región del Mar Negro a la agenda global. Por su parte, el mar Caspio es otro ejemplo de un proceso de regionalización, menos institucionalizado y más conflictivo, sometido a fuerzas externas. De nuevo, la lógica del equilibrio de poder juega un papel determinante en esta situación. Sin embargo, esta lógica no promueve la integración regional, que necesita un enfoque más pronunciadamente multipolar e inclusivo, para incluir tanto a Rusia como a Irán.

Evidentemente, en el interés ruso de regionalizar la seguridad subyace la estrategia del Kremlin de contrarrestar la influencia de Estados Unidos alrededor del mundo. Sin embargo, los efectos de esta estrategia son contraproducentes para Moscú. Su apuesta por buscar soluciones regionales a los problemas regionales es percibida por otros actores como un intento encubierto de establecer la hegemonía rusa en el extranjero cercano. Consecuentemente, el contrapeso ante el Kremlin, que a su vez busca contrapesar a Estados Unidos y a Occidente en general, se convierte en una estrategia central para

la mayor parte de los vecinos de Rusia. Por lo tanto, el problema clave en las regiones antes mencionadas es que tanto Rusia como Occidente tienden a mirar a través del prisma de su agenda global. Desde la perspectiva de algunos de los actores regionales, los proyectos de Rusia en sus zonas vecinas tienen el propósito de establecer mecanismos para sostener la supremacía rusa, lo que, a los ojos de Moscú, resulta indispensable para el éxito de la multipolaridad.

6. INTEGRACIÓN PROCEDIMENTAL

Según el Kremlin, en los casos análogos se debe aplicar el mismo tipo de principios, ya sean la integridad territorial del Estado o el derecho a la autodeterminación. En opinión de Vladímir Putin, si los miembros de la sociedad internacional decidieran revertir sus preferencias normativas, esto tendría que suponer un cambio universal, aplicable a todos y cada uno de los casos: “si algún miembro de la comunidad internacional considerara que la legislación internacional debería ser cambiada, podría ser aceptable, pero sin imposiciones” (Putin, 2007a). En otra ocasión, Putin indicó que: “incluso si se pretende situar el principio de autodeterminación por encima del la integridad territorial, esto ha de tener carácter universal y ha de ser aplicable en otras partes del mundo, al menos en Europa” (Putin, 2007b). Así, combina dos grandes posicionamientos generales: el pragmatismo despolitizado, por un lado, y el idealismo global, por el otro. Putin y Medvédev parecen creer en la aplicabilidad global de las normas internacionales que son, sin embargo, indeterminadas y pueden ser mecánicamente revertidas y reinterpretadas después. Paradójicamente, incluso al recurrir a un discurso normativo, el Kremlin sostiene el mismo principio de preeminencia de la decisión que rechaza como inaceptable e incluso amenazante para Rusia.

Dentro de la lógica de una sociedad internacional integrada en sus procedimientos, la potencial “exclusión de Moscú del mecanismo de toma de decisiones sobre las cuestiones clave de la política internacional” (Rogov, 1999) constituye la amenaza más seria para Rusia. Lo que teme el Kremlin no es tanto un ataque militar de la OTAN, sino cualquier forma de exclusión de los mecanismos de toma de decisiones sobre seguridad en Europa. Para el Kremlin, cualquier forma de integración que no incluya a Rusia está diseñada en su contra (Maximchey, 1999). No hay que perder de vista que Rusia se ve a sí misma como una gran potencia europea. De todo ello puede inferirse que Rusia no busca una confrontación por la dominación mundial al estilo de la Guerra Fría, sino que aspira a conseguir un espacio en el que se sienta suficientemente cómoda y segura. Estos planteamientos revelan su miedo a la marginación y al aislamiento.

La propuesta de Dimitri Medvédev sobre una “nueva arquitectura de seguridad en Europa” encaja dentro de la lógica normativa de la integración procedural. Tiene el propósito de reforzar el perfil internacional de Rusia como un país apto para juzgar cambios normativos (como el que considera la independencia de Kósovo inmoral y legalmente cuestionable). Por lo tanto, la cuestión clave que subyace en la propuesta de Medvédev es el intento de unirse a la comunidad de seguridad hegemónica en el área euroatlántica que la OTAN y la UE consideran ya establecida y en funcionamiento. Como apunta Pertti Joenniemi (2010), la inclusión en una comunidad de ese tipo, requiere que los solicitantes sean crecientemente “más como nosotros” y, consecuentemente, conlleva un sentido de unión y fraternidad. En una comunidad así, la diferencia y la pluralidad son externalizadas, y Rusia es uno de esos actores percibidos como externo en la seguridad occidental. Algunas cuestiones retóricas reflejan nítidamente esta distancia de percepción. Así, mientras Rusia prefiere hablar de la “seguridad euroatlántica” (presuponiendo su propia participación), la mayor parte de los europeos piensan en términos de “seguridad transatlántica” (que no incluye la participación rusa).

Existen algunos elementos para suponer que el Kremlin entiende las posibles consecuencias negativas de su distanciamiento normativo de Europa. El planteamiento de Sergey Lavrov (2008b) sobre Rusia y Estados Unidos como dos ramas de la civilización europea parece un intento de reformular el discurso occidental sobre Rusia desde una triple perspectiva. En primer lugar, la formulación de Lavrov repudia la imagen de un mundo centrado en Estados Unidos por una visión eurocéntrica, más cercana a la posición rusa. Su afirmación de que Estados Unidos debe pensar en “volver a Europa” –en el sentido de compartir la visión europea del mundo–, pone de manifiesto este punto. En segundo lugar, y dentro de esta lógica, Rusia caracteriza su papel identitario como una extensión de Europa. Y, finalmente, esta estrategia discursiva equipara a Rusia y Estados Unidos, al presentar a ambos como países que comparten un legado histórico y cultural europeo común. Sin embargo, pueden distinguirse dos problemas para la implementación de la política integracionista de Moscú: uno está relacionado con la inconsistencia intrínseca de la visión rusa, mientras que el otro tiene que ver con los problemas de comunicación entre la Federación Rusa y la UE. La visión rusa sobre una “nueva arquitectura de seguridad” resulta más bien confusa para el resto de Europa. Esto es particularmente cierto con relación a la reiterada idea de una seguridad “indivisible” y “equitativa” que deriva de la creencia de que la seguridad puede ser distribuida de manera “justa”, “ecuánime” y “sin problemas” entre los miembros de la sociedad internacional. Este tipo de idealismo ignora un elemento crucial: la seguridad no es una sustancia física o una mercancía, sino un constructo social sofisticado y delicado cuya existencia es posible sólo dentro de un marco comunicacional heterogéneo.

Con respecto a la supuesta “indivisibilidad” de la seguridad, el Kremlin la explica con un planteamiento estrecho, como un rechazo a obtener la seguridad propia a expensas de la de los demás. Sin embargo, visto desde otros ángulos, la seguridad puede ser, y de hecho es, divisible (la dicotomía entre seguridad “dura” y “blanda” es quizás el mejor ejemplo) y divisiva (la congelación de la cooperación antiterrorista entre el Reino Unido y Rusia ilustra cuán profundos son los desacuerdos entre los dos países en lo que concierne a la seguridad). De la posición de Rusia se desprende que el Kremlin está interesado, básicamente, en provisiones de seguridad dura, lo cual difiere profundamente de la posición de la UE. Bruselas se inclina más por cuestiones seguridad blanda, y considera que las negociaciones UE-Rusia “no deberían limitarse a la seguridad” (CIDOB, 2010) en un sentido estricto y deben incluir una gama más amplia de cuestiones, desde energía hasta derechos humanos. El problema es que este enfoque amplio agudiza aún más las diferencias entre las percepciones de ambas sobre seguridad. Así, por ejemplo, respecto a las relaciones energéticas, es común entre los europeos asumir que “los socios transatlánticos ya no pueden dar por sentado su suministro energético, dado que en su mayor parte este proviene de países no democráticos o inherentemente inestables” (Elles, 2010). Rusia podría encontrarse fácilmente dentro de esta lista.

Algunos aspectos geográficos se añaden a las divisiones conceptuales para generar más dudas sobre la viabilidad de obtener un espacio de seguridad “equitativo” y “unitario”. La diplomacia rusa es abiertamente escéptica con la existencia, dentro del conjunto del espacio europeo, de áreas con diferentes mecanismos de gobernabilidad, compromisos humanitarios, regulaciones de mercado, etc. Sin embargo, el discurso europeo dominante ve Europa exactamente de la manera que es rechazado por Rusia. Es decir, como un conglomerado de diferentes regiones en construcción, cada una de ellas con su propia agenda de seguridad. En este sentido, puede argumentarse que los intereses de seguridad de la Europa nórdica son definitivamente muy diferentes a los problemas de seguridad que deben afrontar los países del mar Báltico. Los Balcanes postconflicto son un buen ejemplo de una región que requiere un tratamiento especial con sus propias herramientas; y lo mismo puede decirse para potenciales focos de conflicto en territorios disputados o no reconocidos universalmente (Kósovo, Osetia del Sur, Abjasia, Transdnistria, Nagorno-Karabaj). Además, Rusia y la UE extraen diferentes lecciones de su implicación en conflictos armados en áreas adyacentes. Por un lado, la UE invierte sus recursos en reformas internas en los territorios conflictivos y trata de diversificar sus herramientas operativas (en particular, en lo relativo al equilibrio entre fuerzas militares y policiales). Por otro lado, Rusia ignora estas dos perspectivas y concentra sus discursos postconflicto en la glorificación de su fuerza militar y su capacidad de proyección de poder.

7. LA “OFENSIVA NORMATIVA” DE RUSIA

En ocasiones, Rusia muestra mucho interés en contraatacar en el campo normativo y presenta sus políticas como firmemente enraizadas en ideas normativas sobre democracia, justicia e igualdad. Sin embargo, en las políticas de Moscú hacia los países vecinos puede apreciarse la distancia entre la búsqueda de objetivos normativos, por un lado, y la falta de resultados normativos, por el otro. En particular, Rusia se muestra ansiosa por entender las relaciones con los países vecinos a través de un criterio explícitamente normativo, principalmente, su adhesión a la interpretación soviética tradicional del Ejército Rojo como la fuerza emancipadora que trajo la libertad a Europa. Sin embargo, la estructuración de las relaciones de Rusia con los países postsoviéticos y postsocialistas a través de argumentos históricos resulta extremadamente delicada. En primer lugar, tanto el estado de conservación de los monumentos dedicados a la Segunda Guerra Mundial como el trato dispensado a los veteranos distan de ser ejemplares, lo cual debilita una política rusa sustentada en la memoria histórica. En segundo lugar, durante su agria disputa con Estonia en 2007, por el traslado del monumento soviético conmemorativo de la guerra del centro de Tallinn a un cementerio militar, Moscú fue incapaz de obtener un apoyo significativo por parte de otros países de la CEI, a pesar de que el monumento recordaba también a soldados soviéticos originarios de alguno de esos países.

Además, en el discurso ruso, los mensajes normativos o de defensa de unos valores se ven constantemente contaminados con cuestiones puramente materiales. Dos ejemplos resultan especialmente significativos al respecto. El primero está relacionado con la férrea resistencia de Moscú a cualquier particularización de la represión estalinista dirigida hacia grupos étnicos específicos. Así, la “gran hambruna” de mediados de los años treinta (conocida en Ucrania como “*golodomor*”), en la interpretación oficial del Kremlin, fue sólo parte de las políticas estalinistas represivas, pero no específicamente dirigida contra Ucrania u otra república. Sin embargo, hay una cuestión material detrás de esta lógica aparentemente normativa: como apunta algún líder de opinión en Rusia, lo que más inquieta al Kremlin es la perspectiva de alguna reclamación económica por parte de algún país postsoviético como compensación por los crímenes sufridos.

La situación de la Flota Rusa del mar Negro es otro buen ejemplo de combinación de argumentos normativos con intereses materiales. Por un lado, la posición rusa ha sido desde el comienzo formulada en términos normativos: el puerto de Sebastopol forma parte de una tradición histórica triunfalista en el discurso ruso. A pesar de ello, el acuerdo Medvédev-Yanukovich de 2010 sobre la prolongación de la cesión de uso del puerto de Sebastopol a cambio de precios preferentes del gas a largo plazo parece el típico tira y afloja económico. Da la impresión de que lo que busca Rusia no es tanto una

confirmación de su grandeza mediante cuestiones identitarias como una penetración y dominación económica en Ucrania. De hecho, los medios de comunicación han informado de que las exigencias rusas también incluyen la participación de compañías rusas en los proyectos energéticos y aeronáuticos ucranianos más importantes, así como en la explotación del uranio (*Vedomosti*, 28.04.2010: 1).

El papel de Rusia como defensora de las leyes internacionales está lejos de ser convincente. Fue Moscú la que repetidamente trajo a colación la cuestión de la no interferencia desde 1999 (cuando la OTAN bombardeó Serbia) hasta, por lo menos, febrero de 2008 (en la proclamación unilateral de la independencia de Kósovo). Sin embargo, esta estrategia rusa quedó desacreditada por la guerra contra Georgia y el reconocimiento de la independencia de los territorios separatistas de Osetia del Sur y Abjasia.

8. MANTENIMIENTO DE LA PLURALIDAD NORMATIVA

La principal preocupación rusa en la crisis de Kósovo no fue tanto el destino de esta región separatista como el papel futuro de Rusia en la seguridad europea. La lección más importante que ha extraído Moscú en esta crisis ha sido que cuando se da una situación en la que dos normas legales internacionales compiten entre ellas, en este caso, integridad territorial versus autodeterminación, el vocabulario político se convierte en una cuestión de interpretación política subjetiva y sesgada.

Aquello que hace peculiar el modelo de “pluralidad normativa” es que la búsqueda de conductas normativas provoca dos tipos de conflictos. En primer lugar, puede haber conflictos estructurales entre diferentes principios constitutivos del derecho internacional, como, por ejemplo, el de la integridad territorial frente al derecho a la autodeterminación. La situación de Kósovo, así como las políticas de Rusia hacia Osetia del Sur y Abjasia, han profundizado la colisión entre estas dos normas y han forzado a los gobiernos a elegir una sobre la otra. En segundo lugar, los actores internacionales pueden provocar igualmente conflictos entre normas a través de la asignación de significados diferentes a una misma norma. En el campo de la seguridad pueden citarse dos ejemplos significativos. El primero está relacionado con las interpretaciones contrapuestas del concepto de seguridad energética. Para los países consumidores de Europa, elevar el nivel de seguridad energética se relaciona, en parte, con el acceso a los recursos energéticos rusos a través de la cooperación con Gazprom y otras grandes compañías. Los países europeos definen la seguridad energética, como el suministro

de petróleo, gas y sus equivalentes futuros, a precios aceptables (es decir, estables y razonables) provenientes de fuentes confiables y diversas. Desde esta perspectiva, se identifican dos amenazas: precios elevados e inestabilidad del suministro. En otras palabras, la seguridad energética es una forma de crear mecanismos regulatorios que reduzcan el riesgo de cambios de precio inesperados y que garanticen, al mismo tiempo, un nivel apropiado de apertura de mercados. Sin embargo, para los países de tránsito, la seguridad energética está asociada a la posibilidad de controlar el tránsito mismo y obtener rentas por ello. En opinión de especialistas lituanos, para su país “el tránsito de gas hacia Kaliningrado es una fuente de ingresos y crea un sentido de seguridad. Perder la posición de país de tránsito haría a Lituania más vulnerable ante la política rusa” (Janeliunas y Molis, 2006); para Rusia, como país exportador, la mayor fuente de peligro es la dependencia del tránsito a través de países políticamente hostiles.

Las interpretaciones divergentes del concepto de seguridad humana son otro buen ejemplo de la asignación de significados diferentes. En agosto de 2008 el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergey Lavrov (2008c), mencionó la búsqueda de “seguridad humana” como una de las explicaciones para la ofensiva rusa en Georgia. Posteriormente, sugirió que, en Osetia del Sur, su país había sido el primero en apostar desde un punto de vista práctico por la seguridad humana. Los comentarios del ministro están muy alejados del sentido original del concepto de seguridad humana, es decir, como enfoque crítico para arrojar luz sobre el fracaso del concepto de seguridad tradicional centrado en el Estado y dirigido contra las jerarquías de poder existentes (Chandler, 2008). En Occidente, este concepto normalmente hace referencia a un papel más prominente para los actores no estatales, mientras que en Rusia, por el contrario, la seguridad humana es más frecuentemente interpretada como una justificación para una mayor intervención estatal.

CONCLUSIÓN: IMPLICACIONES PARA EUROPA

El debate académico internacional sobre las relaciones entre Rusia y Occidente parte, en gran medida, del reconocimiento de los profundos desequilibrios y problemas de comunicación existentes entre ambos. En este contexto, la cuestión de por qué Rusia es un interlocutor tan complicado atrae, comprensiblemente, mucha atención. De acuerdo con una de las explicaciones más comunes, el problema clave por parte rusa es la creciente y, en muchos casos, insostenible ambición por desplegar una política exterior imperialista. En este artículo, sin embargo, se ha argumentado que el problema clave no es tanto el “gran plan” de Rusia, sino la inconsistencia inherente a

las políticas internacionales de Moscú. Rusia carece de una política exterior coherente; en lugar de ello, ofrece un cúmulo de políticas frecuentemente opuestas entre sí, basadas en principios contradictorios tanto en lo referente a la estructura de la sociedad internacional como al papel de Rusia en su seno.

Ninguna de las varias versiones de la multipolaridad tiene la capacidad para socavar la hegemonía occidental. Por el contrario, los discursos sobre la multipolaridad pueden considerarse parte del poder hegemónico occidental. La integración en las estructuras institucionales trasatlánticas sigue siendo una prioridad clave para Rusia. De esta manera, a pesar de protestar contra la cooperación de Ucrania y Georgia con la OTAN, Moscú ha restituido completamente su cooperación con la alianza, particularmente, con relación a Afganistán. A pesar de expresar numerosas suspicacias sobre el partenariado oriental, Moscú considera su asociación estratégica con la UE como una prioridad de primer orden para la modernización de Rusia. Sin embargo, tal y como se ha mostrado en este artículo, una integración rusa más profunda en el orden normativo e institucional forjado por Occidente es complicada debido a lo que podría denominarse disonancias cognitivas entre Rusia y Occidente. Tal y como muestra la versión de la multipolaridad derivada del enfoque de equilibrio de poder, la política exterior rusa sigue inspirándose en una comprensión modernista de la soberanía, mientras que la UE abraza una versión postmoderna de la gobernabilidad construida sobre la dispersión de la soberanía como resultado directo de la integración trans- y supranacional.

En este sentido, tal y como sugiere la propuesta de una nueva arquitectura europea de seguridad de Medvédev, Rusia opta por verbalizar sus mensajes a la UE en función de unos intereses y con connotaciones pragmáticas, mientras que los países europeos se inclinan por formular sus visiones del mundo con un lenguaje más normativo (basado en la identidad y los valores). Resulta obvio que la UE está interesada en un orden estratégico basado en “un conjunto de valores fundamentalmente liberales: democracia, seguridad jurídica y libertad individual” (Rynning, 2003). Además, Rusia está mucho más preocupada que la UE por problemas de seguridad dura. Tal y como se ha mostrado, el énfasis de la UE en una agenda de seguridad blanda conduce a una mayor marginación de Rusia, que no puede esperar convertirse en un socio de Bruselas a menos que mejore significativamente su sistema democrático y proteja a su población de forma efectiva contra la corrupción, el deterioro ambiental, etc. Las políticas rusas en pos de la multipolaridad tienen fuerte connotaciones de autoafirmación de la soberanía y suficiencia propias. La UE asume unos significados diferentes para la multipolaridad que incluyen la integración, la soberanía compartida, la identidad basada en normas y valores, el concepto de seguridad humana y la seguridad blanda o la democratización a través de la europeización. Consecuentemente, Moscú y Bruselas tienen diferentes concepciones acerca de la diversidad y el pluralismo como elementos constitutivos de la sociedad internacional en la cual se encuentran inmersas.

Referencias bibliográficas

- ARIS, Stephen. “Russia’s Approach to Multilateral Cooperation in the Post-Soviet Space: CSTO, EuaAsEC and SCO”. *Russian Analytical Digest*, n.º 76 (April 2010), p. 2.
- BATIUK, Vladímir. “Postbipoliarnaya retrospektiva mirovogo poriadka”. *International Trends. Journal of International Relations Theory and World Politics*, vol. 8, n.º 23 (May- August 2010), p. 87.
- CENTER FOR SOCIO-CONSERVATIVE POLICY. *Strategia-2020*. Moscú, 2008, p. 23.
- *Rossiiskiy konservativm-ideologiya partii ‘Edinaya Rossiya’*. Moscú, 2009, p.37.
- CIDOB. *A Project for Europe. Reflections and Proposals for the Spanish Presidency of the Council of the European Union*. Barcelona: CIDOB, 2010, p. 69.
- CHANDLER, David. “Human Security: The Dog That Didn’t Bark”. *Security Dialogue*, vol. 39, n.º 4 (2008), p. 434.
- DEUDNEY, Daniel and IKENBERRY, John. “Realism, Structural Liberalism, and the Western Order”. En: Kapstein, Ethan y Mastanduno, Michael (eds.) *Unipolar Politics. Realism and State Strategies After the Cold War*. Nueva York: Columbia University Press, 1999, p. 124.
- ELLES, James. “The Transatlantic Relationship following the election of US President Obama”. *Eyes on Europe* (Spring 2009), p. 59.
- FIODOROV, Yuriy. “Kriticheskiy vyzov dlja Rossii”. *Pro et Contra*, vol. 4, n.º 4 (Autumn 1999), p. 19.
- HAUKKALA, Hiski. “A Hole in the Wall? Dimensionalism and the EU’s ‘New Neighborhood Policy’”. *Working Papers*, n.º 41 (2002). Helsinki: The Finnish Institute of International Affairs (FIIA).
- HELSINKI PLUS. “Helsinki Plus: Towards a Human security Architecture for Europe”. The First Report of the EU-Russia Human Security Study Group (May 2010). Londres y Barcelona.
- ISAEV, B.A. “Rossiiskaya tsivilizatsiya kak vid evropeiskoi tsivilizatsii”. *Politex. Journal of Political Expertise*, n.º 1 (2006).
- IVASHOV, Leonid. “BRICS i pereustroistvo mira”. *Strategic Culture Foundation web portal* (15.04.2011) (en línea): <http://www.fondsk.ru/news/2011/04/15/briks-i-pereustrojstvo-mira.html>
- JANELIUNAS, T. y MOLIS, F. “The NEGP ends Lithuania’s hopes of becoming a transit country”. *Baltic Mosaic*, vol. 1, no.º 5 (2006), p. 30.
- JOENNIEMI, Pertti. “Difference within Similarity: Transatlantic Relations as a Community of Neighbours”. En: Browning, Christopher S. y Lehti, Marko (eds.) *The Struggle for the West*. Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- KAGANSKII, Vladímir. “Rossiya i Finlandiya”. *Russkiy zhurnal* (en línea): <http://www.russ.ru/columns/culture/98318488?mode=print>
- KILDIUSHOV, Oleg. “Vneshnyaya politika”. En: Kurennoi, Vitaly (ed.). *Mysliashchaya Rossiya. Kartografia sovremennoykh intellektualnykh napravleniy*. Moscú: Nasledie Evrazii Foundation, 2006, p. 159.
- KRASTEV, Ivan y LEONARD, Mark. *The Spectre of a Multipolar Europe*. Londres: European Council on Foreign Relations, 2010.
- KULIK, S.A.; SPARTAK A.N.; YURGENS I.Yu. *Ekonomicheskie interesy i zadachi Rossii v SNG*. Mocú: INSOR, 2010, p. 84.

- LAVROV, Sergey. "Vneshniaya politika Rossii i novoe kachestvo geopoliticheskoi situatsii". *Diplomaticeskiy ezhegodnik* (2008a). Moscú.
- Meeting with the Council on Foreign Relations members, Nueva York (September 24, 2008b) (en línea): www.mid.ru.
- "Litsom k litsu s Amerikoi: mezhdru nekonfrontatsiei i konvergentsiei". *Expert* (22.10.2008c).
- "Mezhdunarodnie otnoshenia v novoi sisteme koordinat". *Rossiyskaya gazeta* (October 8, 2009).
- MACFARLANE, Neil. "Realism and Russian Strategy after the Collapse of the USSR". En: Kapstein, Ethan y Mastanduno, Michael (eds.) *Unipolar Politics. Realism and State Strategies After the Cold War*. Nueva York: Columbia University Press, 1999, p. 218-260.
- MARTYNOV, Boris. "Multipolar or Multi-Civilizational World?" *International Trends. Journal of International Relations Theory and World Politics*, vol. 7, n.º 3 (21) (September-December 2009), p. 64.
- MAXIMYCHEV, Igor. "Russia's Concept of a New European Security Architecture". En: Spillmann, Kurt y Wenger, Andreas (eds.) *Russia's Place in Europe. A Security Debate*. Bern: Peter Lang Publishers, 1999, p. 197.
- MEDVÉDEV, Dmitry. Entrevista en la BBC, Sochi (August 26, 2008) (en línea): <http://www.kremlin.ru/texts/appears/2008/08/205775.shtml>
- MEDVÉDEV, Sergei. "Russia as the Subconsciousness of Finland". *Security Dialogue*, vol. 30, n.º 1 (March 1999), p. 98.
- MULJAVIN, Vladímir. "Ideya fiks po russkomu Severu". *Russkiy zhurnal* (en línea): <http://www.russ.ru/columns/poison/98344874?mode=print>
- PUTIN, Vladímir. Conferencia de prensa (May 23, 2007a) (en línea): <http://www.kremlin.ru/texts/appears/2007/05/130544.shtml>
- Entrevista con un periodista (June 4, 2007b) (en línea): <http://www.kremlin.ru/texts/appears/2007/06/132365.shtml>
- ROGOV, Sergey. "Security Relations between Russia and the Western World". En: Spillmann, Kurt y Wenger, Andreas (eds.) *Russia's Place in Europe. A Security Debate*. Berna: Peter Lang Publishers, 1999, p. 177.
- RYNNING, Sten. "The European Union: Towards a Strategic Culture?" *Security Dialogue*, vol. 34, n.º 4 (December 2003), p. 481.
- TRENIN, Dmitriy. "Nenadiozhnaya strategiya". *Pro et Contra*, vol. 6, n.º 1-2 (Winter-Spring 2001), p. 54.
- TSYMBURSKIY, Vadim. "Geopolitika dlja evraziiskoi Atlantidy". *Pro et Contra*, vol. 4, n.º 4 (Autumn 1999), p. 151.
- YAKUNIN, Vladímir. "Globalizatsiya i dialog tsivilizatsiy". *Svobodnaya mysl'*, n.º 3 (2010), p. 94-95.
- YURGENS, Igor (ed.) *Rossiya-Evropeiskiy Souyz: k novomu kachestvu otnosheniy*. Moscú: INSOR, 2008, p. 26.